



GUADALCANAL '82 SEMANA SANTA

CRISTO AMARRADO A LA COLUMNA. Guadalcanal.

PREGÓN SEMANA SANTA GUADALCANAL AÑO 1982

FRANCISCO JAVIER ORTIZ RODRÍGUEZ

PRESENTACIÓN DEL PREGONERO DE LA SEMANA SANTA

DE GUADALCANAL AÑO 1982

FRANCISCO JAVIER ORTIZ RODRÍGUEZ

Queridos amigos: Hace justamente un año, tal día cómo hoy, nos reunimos aquí, en éste hermoso local, cedido generosamente, para celebrar este acto cultural y religioso en el que está enmarcado el Pregón de nuestra Semana Santa que, ha resurgido tras aquél inolvidable primer Pregón, del Dr. D. José María Osuna, gracias al empuje de nuestro párroco y a la colaboración entusiasta de todas las Hermandades.

Hoy como hace un año, Guadalcanal ha respondido a la llamada. Que nadie crea que fue importante mi modesta colaboración. Fue y es importante, hoy cómo hace un año, vuestra asistencia, vuestra entrega, vuestro cariño y vuestra buena voluntad. Sin ello, todo el esfuerzo de los organizadores sería estéril.

Y si el año pasado, en aquel domingo de Pasión de tan grato recuerdo, os dije que habría sido más acertado que fuese el Presentador, mejor que yo, quien realizase el Pregón, este año todo está en su sitio.

Me corresponde a mi, como anterior Pregonero de nuestra Semana Santa, ser este año de Gracia de 1982, el Presentador de quien, en Guadalcanal, no necesita para nada, ser presentado.

Es hijo del pueblo, Hermano Mayor de la Santa Hermandad del Costalero, de la que es cofundador. Ese Hermandad que primero fue un sueño, después una esperanza y *hoy una* espléndida realidad con toda la potencia de lo joven y con toda su alegría y su ilusión.

Es también nuestro Pregonero Mayordomo y *Capataz del Paso de Virgen de la* Cofradía del Santo Entierro de Cristo y Nuestra Señora de la Soledad. Y es, cómo no, hermano de la Hermandad de Nuestra Patrona, la Santísima Virgen de Guaditoca.

Francisco Ortiz Rodríguez. Son títulos y méritos, los que acabo de relatar que, sin ser los únicos que nuestro Pregonero posee, le definen y le honran.

Pero yo quisiera, si me lo permitís, profundizar un poco más en su personalidad y en su Historia. Sabes quien es y, quien no es éste hombre que hoy se presenta ante nosotros, con toda su hombría de bien a cuestras, para decirnos, ilusionado y sereno y con nuestro propio lenguaje, todo eso que cualquiera de nosotros siente muy dentro cuando en *una* esquina cualquiera de cualquier *calle* de Guadalcanal, nos encontramos, en mitad de la Semana Santa, con los ojos bellísimos

de la Virgen, esos grandes y tristes ojos de María, que tantas cosas saben decir, o con el rostro sereno y dolorido de Cristo.

Por todo esto es por lo que yo me atrevo a decirlos que el Pregón que vamos a escuchar, no es sólo el Pregón de Paco Ortiz, sino algo más. Es el Pregón de Guadalcanal y de los guadalcanalenses. Porque va a estar impregnado de nuestro propio estilo, de nuestro aire y nuestro modo de entender las cosas: gesto sobrio, carácter firme, palabra exacta, concisa, medida, Ni una de más, ni una de menos. Y cuando de verdad lo sentimos, piropos que nacen como flores en el corazón.

¿Es preciso decir entonces que nuestro Pregonero de hoy no es uno de esos ilustres oradores, llenos de grandes frases que a nadie dicen nada porque no están dichas con el corazón? Hermosas palabras vanas, vacías de contenido, que se dicen sin sentir, con un contrato a precio fijo en el bolsillo.

Bien. Entonces si así no es... ¿cómo es, quién es este hombre a quien todos conocemos? Habría que preguntar, antes que a nadie, a aquella joven maestra gaditana que llegó a Guadalcanal hace ya tantos años y que encontró aquí todo aquello que, en adelante, llenaría su vida. Sí, aquí conoce a quien habría de ser su marido, aquel hombre querido por todos, que supo junto a ella, ejercer la noble profesión del magisterio con vocación auténtica y proceder honesto.

Francisco Ortiz Mantrana y María de la Paz Rodríguez. Matrimonio cabal, esposos cristianos. Yo les imagino cuando su hijo Paco era niño, cómo le tomarían en sus brazos, todavía jóvenes y fuertes, para que viera pasar, escoltadas por sus nazarenos, a las: más bellas Imágenes de nuestra Semana Mayor.

-Mira; ¿ves ¡que bonita va la Virgen de la Esperanza! le diría su madre?

¿Y aquella lágrima en la divina mejilla de la Virgen de los Dolores? ¡Quien pudiera besarla!

-Anda hijo, reza conmigo un Ave María a la Virgen de la Amargura...

Entonces no tenía entre nosotros a esta nueva y bella Imagen de la Virgen que ha venida a llamarse, ¡que casualidad!, como la madre de nuestro pregonero: María de la Paz.

Al llegar la atardecida del Viernes Santo a aquel niño que todavía era Paco, se le llenaría el corazón de gozo, al vestir su túnica de la Virgen de la Soledad... Tal vez sea porque siempre hubo en Guadalcanal hogares como el de Francisco y M^a de la Paz, por lo que la Virgen de la Soledad es tan nuestra. Si, tú sabes Madre que ésta es tu tierra y nosotros somos tus hijos, este es tu pueblo y nosotros somos tu gente.

En aquellos ya lejanos atardeceres del Viernes Santo a Paco se le cuajarían de lágrimas sus ojos de niño y mil veces le diría a su Virgen, en silencio, pero casi a

gritos: ¡no llores Madre de dolor vencida, los guadalcanalenses jamás te abandonaremos!

Y en seguida la respuesta de Ella: algún día, tú serás mí Pregonero.

El tiempo ha ido pasando lentamente. El Señor se llevó al Cielo a aquel maestro honrado y bueno, y la vida fue surcando de arrugas el rostro de aquella mujer que jamás pidió para sus hijos fortuna ni honores. Le bastaba con que supiesen caminar, con la frente bien alta, por el mundo adelante.

Y aquí, porque no podía ser de otra manera, se casó Paco. De la única forma que él entendió siempre. Por derecho, en cristiano, ante su Virgen de la Soledad engalanada, sobre el Altar mayor de nuestra Parroquial. Y como tampoco podía ser de otra manera, lo hizo con una mujer de Guadalcanal.

¡Que bonita estabas Joaquina, el día de tu boda, vestida de novia!, ¡que ojos tan grandes, que sonrisa tan limpia, que alma tan blanca! Tú, que tan bien conoces a tu marido, sabes mejor que nadie, con cuanta ilusión ha preparado su pregón. Tú sabes de su entrega a la Semana Santa de Guadalcanal, de su esfuerzo y de sus horas de trabajo, de su cariño y de su capacidad de sacrificio.

Por esto, yo estoy seguro Paco de que hoy, al oírte, el rostro de las dos mujeres de tu vida, madre y esposa, resplandecerá de alegría. Y quedará en su memoria para siempre, como uno de sus recuerdos más queridos, el día de tu Pregón.

Tantas horas de esfuerzo y de esperanza, van ya a cuajar en realidad. Y yo, tu sencillo presentador, quisiera reunir en un solo ramo de rosas blancas y de claveles, a todas las Vírgenes y a todos los Cristos de nuestras Cofradías, como ofrenda y homenaje de amistad y de cariño.

Aquí tienes Paco Ortiz Rodríguez, buen amigo, ante ti, a tus paisanos, tus costaleros, tus cofrades, tus amigos. Y con ellos y en ellos, lo que Guadalcanal más quiere: a Jesús y María. ¡No importa bajo qué advocación, ni con qué nombre! El Amor de tus amores, para que tú les cantes tu Pregón emocionado. Para que tu palabra sea hoy oración y consuelo, sonrisa y lágrima, Voz recia que tiemble, como la luz de los cirios que se van a encender, en la tarde-noche del Viernes Santo, en derredor de tu Virgen.

A Ella Paco, cómo homenaje hacia ti y a mí Cristo querido y bendito de las Aguas, pido y ruego que, cada año, el Pregón de nuestra Semana Santa, se renueve cómo una plegaria inacabada que vuelve a nacer cada primavera, como un regalo del Amor de Dios al pueblo de Guadalcanal.

Sr. Cura Párroco, Hermanos Mayores y Juntas de Gobierno de las distintas Hermandades, Excmo. Sr. Alcalde y demás autoridades presentes, cofrades, paisanos,

amigos todos: con vosotros, como Pregonero de la Semana Santa de Guadalcanal de 1.982, un hombre bueno, Francisco Ortiz Rodríguez.

Plácido de la Hera

Guadalcanal.

En la mañana del Domingo

de Pasión, 28 de marzo de 1982.



PREGÓN DE SEMANA SANTA DE GUADALCANAL PRONUNCIADO POR

FRANCISCO ORTIZ RODRÍGUEZ

EL DOMINGO DE PASIÓN 28 DE MARZO DE 1982

EN EL CINE EMPERADOR DE GUADALCANAL.

.....

En el nombre del Señor:

Mi pregón no pretende ser nada más y nada menos que una sincera confesión del amor apasionado que siento por esta tierra, que me vio nacer. No sé si habré logrado expresarlo con las palabras adecuadas, pero sí estoy seguro de que vosotros con el cariño y generosidad que os caracteriza, sabréis comprenderlas y suplir con creces las que a mí me faltaron. Seguro de ello, empiezo por expresaros mi agradecimiento, al tiempo que deficiencias al tiempo que os pido perdonéis mis deficiencias y mis fallos.

Cuando a través de los años, el hombre ha intentado cambiar la faz de la tierra, cuando no hay más que odio y guerra, cuando la envidia y la hipocresía reinan entre los hombres, cuando todo lo que nos rodea es tiniebla, cuando, en fin, parece que este mando vaga en lo más profundo de sus entrañas, sumido en la oscuridad, en la lucha del hermano con el hermano, cantamos con una luz divina, la cual ha resistido el paso de los siglos, sin que nada ni nadie haya conseguido apagarla y que será la que nos guíe a la salvación eterna.

Hermanos de Guadalcanal, cuando dentro de unos días vivamos un año más la Semana Santa, veamos de nuevo la Pasión de Jesús, realizada para nuestra salvación. como esa luz divina que prevalece siglo tras siglo, luz representada en esa llama de nuestros sirios en los desfiles procesionales.

Esta humilde persona convertida enregonero de la Semana Santa de Guadalcanal, os pide permiso para hacer su estación de penitencia al Calvario.

Reverendo señor Cura Párroco.

Excelentísimo señor Alcalde,

Hermanos Mayores y Juntas de Gobierno de Hermandades y Cofradías de Guadalcanal.

Señor Presentador.

Cofrades de Guadalcanal.

Señoras y Señores.

Cuando estoy delante de vosotros, siento como este gran recinto, bello y hermoso, que ya albergó a un granregonero, y al que quisiera imitar logrando llegar a todos los corazones como él ya lo consiguió, se me viniera encima, porque la responsabilidad de ser el Pregónero de la Semana Santa de Guadalcanal es muy grande y sólo Dios sabe muy bien lo que para mi representa el hablar de esta tierra de Maria Santísima.

Pero no quisiera continuar sin dar las gracias en primer lugar a Dios Nuestro Padre, que me dio la vida, y al que aspiro poder llegar un día, cuando de este mundo me lleve a su presencia.

Gracias a mi buen amigo Plácido, por sus palabras de cariño y de amor hacia mi persona, inmerecidas a todas luces, pero que agradezco con todo el corazón.

Gracias, a todas las Hermandades, cuna y señorío de nuestro pueblo.

Gracias, a todos los hermanos que me animaron y ayudaron para llevar a cabo esta difícil empresa.

Gracias, a mi esposa e hijos por el sacrificio que también ha supuesto para ellos, pero que con tanta paciencia me han ofrecido como tratando de colaborar conmigo en mí tarea pregonera.

Y por último gracias a todos ustedes, que, con su presencia, me honran y enorgullecen.

En esta tierra nací, y en esta tierra me crié; y quiso Dios, para que aún la amara más, darme a una mujer, madre de mis hijos. Y si por circunstancias de la vida me vi obligado a vivir en otro lugar, esta ausencia no sólo no ha supuesto relajamiento u olvido, sino que ha constituido un mayor acicate, un estímulo más profundo para mis sentimientos de amor hacia todo lo que Guadalcanal significó y significa para mi.

Os confieso que cuando vengo por la carretera y llego al puente de San Benito, siento un gran vuelco en *mi corazón; parece como si aún tuviera más* ansias de vivir, y es que al pasar el puente parece como si amaneciera, como si anteriormente se viviera en tinieblas. Los que vivís aquí tal vez no os deis tanta cuenta de lo que se quiere a esta tierra, porque mientras más lejos está uno, más nostalgia hay por su pueblo.

Guadalcanal, gracias, por todo lo que me has dado gracias por poder seguir viendo todos aquellos recuerdos de niño y gracias porque una y mil veces me sigue acogiendo.

Guadalcanal,
tierra de montañas y olivos,
de gentes sanas y amadas y privilegiadas del cielo:
de tus entrañas salió una mujer,
María Ramos
que allá al otro lado del mar,
en tierras americanas,
pudo gozar de la aparición de la ¡Madre del Cielo,
de la Virgen de Chiquinquirá.

Pero aún hay más lazos que me unen a esta tierra y precisamente uno de ellos es el más maravillo, nada más que por poseerlo merece la pena tener la vida. El mayor orgullo y la mayor honra que siento es poder ser hermano de la Hermandad del Santísimo Cristo en el Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad. Permitirme pues, que exprese los sentimientos que embargan mi corazón.

Virgen de la Soledad, guapa y bella entre toda las mujeres, quien hubiera sido el escultor que te realizó; porque solo Dios pudo inspirarlo, para dejar plasmada tanta belleza. Por esa belleza deslumbrante, más aún, por ese tu tremendo dolor en medio de tu Soledad, es por lo que todos tus hijos acudimos a ti para acompañarte y, sobre todo, para tratar de consolarte. Y, cuando nos faltan las palabras, surge espontáneo el gesto consolador, impresionante por su sencillez y adorable por su generosidad, como el de aquella hermana mía, que, incapaz de rezarte por su corta edad, te ofreció con gracia de sus pocos años y la sinceridad de sus sentimientos un baile por sevillanas, con el que ella estaba segura de hacerte olvidar, aunque fuera por unos instantes, el dolor que te consumía. Que lo consiguió plenamente lo prueba el hecho de e tú, Madre de la Soledad, te la llevaste junto a ti, porque aquel baile solo podía repetirse en cielo...

Y hoy Madre, este tu hijo se honra de ir hablando de ti, de tenerte en lo más profundo de mí corazón, de que cada vez que vengo por Guadalcanal, sentir la alegría de visitarte, de poder contarte mis penas y alegrías, de poder ofrecértelo todo, de sentirme orgulloso de que presidas mi hogar.

Cuando se me propuso como pregonero, lo primero que hice fue comunicártelo y pedirte tu consejo, por eso hoy contando con tu ayuda digo este Pregón con sumo placer, porque me brinda ocasión de poder decirte públicamente que sólo lo hago por ti, Madre.

Sabe el pregonero que su voz es oída por todos, por ello mis palabras quieren ser el consuelo para el enfermo, una ayuda para el necesitado, un rayo de esperanza para el pecador, y sobre todo guía o luz poder encontrar el verdadero camino de Cristo.

Por ello el pregonero os dice que ese amor que hay en vuestros hogares, presidido por cada una de las imágenes de las que sois devotos, ha de servir para poder uniros más, para poder sobrellevar mejor vuestras enfermedades, para que se solucionen vuestros problemas, para que no exista más odio, para que reine la paz.

Por todo, os digo que debemos tener siempre plasmado en nosotros la alegría. y el amor. Como mismo Cristo lo tuvo hasta su último momento.

Recuerdo que cuando era niño, mis padres me llevaban muchas tardes a uno de los lugares más bellos de Guadalcanal, donde existía un merendero y en donde había una pintura de la Cabeza de Cristo plasmada en una preciosa cerámica de Talavera y la que se veía todo el dolor y martirio por el que estaba pasando, Aquel Cristo no podía ser otro que el Cristo del Humilladero, y entre los cuatro arcos donde estaba, solo se vivía recogimiento y oración, era lo mismo que sentirse en la Gloria sin estar en ella.

Guadalcanal, tierra que siempre has acogido a todo el mundo, porque tus gentes son así, sanas y puras, a pesar de tantos sufrimientos que has tenido, porque muchos de tus hijos dieron su vida por un mundo mejor, porque destruyeron tus templos y tus Imágenes, porque no dejaron piedra sobre piedra, porque *todas tus riquezas* y todos tus encantos se acabaron en aquellos días tristes. Y aunque siempre existe la nostalgia de aquellos bellos recuerdos cuando al llegar la Semana Santa se decía: hoy sale la oración de Jesús en el Huerto de la Parroquia de Santa Maria de la Asunción o Padre Jesús de San Sebastián, o el Cristo de las Aguas de la Concepción. A pesar de todo ello, tú te has levado de nuevo, has conseguido que de nuevo reine la alegría, que de nuevo tengas deseos de vivir. Y aunque sigas viendo tus Iglesias desaparecidas, y más en ruinas, otras... tristes recuerdos aún vivos, has conseguido llenar tu Parroquia de bellas y hermosas Imágenes, hasta conseguir que tu *Semana Santa* se admirada de nuevo en los más lejanos lugares de nuestra geografía.

Y lo has conseguido, gracias a tus gentes, que así lo han querido, y a pesar de que muchos de ellos no se encuentran entre nosotros, porque ese Cristo al que tanto veneraron se los ha llevado de este mundo, para tenerlos para sí, siempre a su lado. Ellos nos dejaron su legado y hoy nosotros continuamos esa gran obra.

Pero todo ha resurgido por ese gran amor que tenemos hacia nuestras cosas, y poco a poco hemos ido olvidando aquellos días tristes, hasta convertirlos de nuevo en alegría, por ese amor y esa fraternidad que hay entre todos los cofrades.

Para el pregonero hablar de la Semana Santa de Guadalcanal, nombrar cada una de sus hermandades, cantar a esas Imágenes que las presiden es muy difícil porque expresar todos sus encantos en pocos minutos resulta del todo imposible, pero todo queda resumido en una hermosa palabra: Amor.

Si Jesús dio su vida por nosotros por amor, y nos enseñó que la virtud que debe presidirnos es precisamente esa, ya que sin ella no podemos alcanzar nuestra salvación, ¿cómo nosotros intentamos hacer precisamente todo lo contrario?, cuando lo fácil es amar precisamente a nuestro hermano, pues sólo así podemos conseguir vernos unidos los unos con los otros, Sí la obligación del padre es educar a sus hijos, ¿cómo

lo va a conseguir si no tiene amor?, ¿qué ejemplo le va a dar?. Padres y madres que me escucháis, que un día delante de Dios, jurasteis amaros y respetaros toda la vida, no lo olvidéis nunca, y que ese amor traspasando las fronteras de vuestros hogares llegue al hermano desvalido, a ese que tanto necesita vuestra ayuda, y sí por mal de la tentación caéis en el pecado, acudir rápidamente a uno de los lugares más grandioso y más hermoso que tiene Guadalcanal, tan acogedor que solamente con traspasar su verja. siento uno la alegría en el corazón. Quizás muchos de ustedes no os habéis dado cuenta, pero yo os invito a visitar de vez en cuando el Sagrario que tenemos en nuestra Parroquia. Ni la habitación más acogedora de nuestra casa podemos compararla con aquél. Y cuando estéis delante, hablarle al Señor, que Él está dentro de esa casa tan pequeña, y hablarle de vuestros problemas, de vuestras cosas, y veréis como Él os contesta, y os ayuda y os anima, porque debéis comprender que la única luz que existe es la de Cristo, y solamente siguiéndola comprenderéis lo que es el amor, pero un amor tal que llega como el suyo, incluso hasta dar la vida por los que ama. Amor sublime y que nosotros hemos plasmado en cada uno de los momentos de su Pasión en esas Imágenes que hoy presiden nuestras Hermandades.

Y cuando hagamos esto, convertiremos todo Guadalcanal en un gran templo, que tendrá su culminación con nuestras Estaciones de Penitencia. Y será precisamente en esos momentos cuando podremos dar manifestaciones de nuestra fe. Porque no hay mejor tesoro que ése. Y cuidado que no piense nadie que los cofrades hacemos esto para lucirnos, o para que hablen de nosotros, sino sencillamente para pedir perdón a Dios, y acompañarle en su Pasión, y como no, acercándonos a su Madre para que no se nos muera de dolor.

Y precisamente la mejor prueba de ello es el ponernos esa túnica, con ese antifaz para que nadie sepa quien hay debajo de ella, y esos colores que tienen cada una de ellas, son el signo de su Hermandad, en cada una de las cuales el cofrade de Guadalcanal ha dado a la Madre de Jesús, esos nombres tan hermosos: blanco de Paz, verde de Esperanza, morado de Amargura, rojo de Dolores y negro en Soledad.

Si el nazareno es parte fundamental de nuestra Semana Santa, hay otra figura por excelencia, la que más profundamente representa el espíritu de sacrificio y de penitencia del pueblo: es el costalero, que, cual nuevo cirineo, ayuda generosamente a Jesús, en su doloroso caminar hacia el Calvario.

También Guadalcanal cuenta con esa figura, llámese Cirineo o Costalero, que con más amor incluso que aquél, pone su ilusión en aligerar a Jesús de la pesada carga de la Cruz. Bendito seas Dios mío que así has aceptado en tu Pasión al costalero, porque para él lo más grande es poder llevarte y no importan los sacrificios, ni el dolor de una carga, todo lo da por estar aún más cerca de Ti.

Y si todo Guadalcanal vive su Semana Santa, el costalero comienza a vivirla mucho antes, no importa que llueva o haga frío, que viva más lejos o más cerca, tiene una cita y esa hay que cumplirla. Muchos días son los que el costalero se ha puesto esas zapatillas de esparto, y muchos los que se ha metido debajo de las trabajaderas, ensayando otra vez, atento a la voz del capataz, a las órdenes de éste todos por igual, han ido caminando día a día, dando gracia a sus movimientos, ensayando levantás, calibrando sus esfuerzos, puliendo todos los fallos, hasta lograr la suave belleza de unos pasos que caminen al unísono con los de su Cristo y los de su Madre, Que grande y hermoso es ser costalero, solamente se puede comprender su labor cuando se mete uno debajo de esas trabajaderas, es como un venenillo que se filtra por todo nuestro cuerpo.

Pero el costalero sabe que su esfuerzo no es baldío, y tiene su compensación cuando al llegar el momento de la salida de su Hermandad, va a llevar a Jesús, al cual va a sentir sobre su cuerpo, porque ese Cristo que lleva es el de su corazón, por el cual está dispuesto a darlo todo. Y si el costalero ayuda a Jesús, aún llega más lejos, porque sabe que tiene otra obligación, y es la de consolar a la Madre, esa Señora llena de dolor por su Hijo, y la de llevarla también a ella con una gracia y un encanto inimitable.

Virgen María si la pena por tu Hijo es muy grande, piensa que tienes otros hijos que harán lo indecible para consolarte en tu dolor.

Hermanos de Guadalcanal, pensad un momento en nazareno y en costalero, que esa labor que ellos hacen no nos sirva como un espectáculo, sino mirarlo como ellos lo viven, como lo sienten, y esta vivencia y este sentimiento no tienen otro motivo que el Amor.

Amor a esos Cristo y a esas Vírgenes Dolorosas de nuestra Semana Santa, Amor al hermano porque así se ama a Cristo, se ama también al hermano. Yo os invito a todos a imitarlos, y solamente así habremos logrado nuestra gran meta.

Cofrades de Guadalcanal, que ese ejemplo no quede ahí, y pensad que, si el Salvador nació en un pueblecito pequeñito, llamado Belén, en Guadalcanal la Pasión y Muerte de Cristo cobran una dimensión sin igual de participación del pueblo de Dios.

Por ello os digo que no perdáis la fe, Fe en los demás, y como no, fe en nuestro Párroco, que nos ha devuelto la alegría de ver renacidos los cultos a nuestras Imágenes, que de nuevo los vemos presidiendo nuestro Altar Mayor cuando llegan sus Quinarios. Que alegría tan grande poder verlos así, llenos de luz y esplendor, diciéndoles una oración y pidiéndoles por nosotros, por nuestros hijos, por nuestros hermanos. Y cuando llega el día del besamanos a ese Cristo o el besamanos a esa Virgen, poderles tener aún más cerca de nosotros.

Gracias Padre Antonio por ello, no te preocupes los que hablen mal, confía en nosotros, al igual que nosotros lo hacemos en ti, porque piensa que Guadalcanal te quiere, y además ella es agradecida y piensa que tus problemas son los nuestros, y lo que te pase a ti, también nos pasa a nosotros. Sigue así y sigue también con esos chavales a los que has enseñado esas marchas tan maravillosas para tocarlas en nuestra Semana Santa, para hacer menos amarga la Pasión a ese Cristo, o para consolar a esa Madre Dolorosa.

Hermanos de Guadalcanal, preparémonos para vivir nuestra Semana Santa, y acudamos al lado de nuestro Señor con el corazón en la mano para ofrecérselo para de esta manera entregarnos totalmente a Él, en esta su Pasión y Muerte que ante nosotros va a vivir.

Ha llegado la hora de la verdad, Guadalcanal va a vivir un año más su Semana Santa. Nos encontramos ya en Domingo de Ramos.

El pregonero cada año, cuando llega esta fecha, siente como si su corazón se le saliera del cuerpo, es algo que explicarlo resulta totalmente imposible, pero lo que más le llena, es precisamente como todo Guadalcanal acude a Jesús, a ese Hombre Dios que después de estar entre nosotros va a entregar su vida por nuestra salvación.

Y si ya es enorme mi alegría de ver a los hijos de Guadalcanal, aún lo es más cuando veo como los chavales acuden a la Iglesia para ver a Jesús, a ese Cristo del Amor que llegó a Jerusalén en una borriquita, como siempre en lo más humilde, hasta en su montura.

Cofrades de Guadalcanal, llega el Salvador.

La mañana ha salido templada, el sol luce con esplendor, como si él quisiera ver también a Jesús; en cada casa donde existe un niño hay un nerviosismo, está deseando que su madre le coloque esa túnica blanca y ese capillo celeste. Blanca como su alma, limpia de todo, llena de inocencia; celeste del color del cielo, ¡habrá una pureza mayor!



Cuantas veces nos habremos acordado de cuando éramos niño, y cuantas hubiéramos deseado haber seguido siéndolo, porque no hay una cosa más tierna que ser niño, ellos son nuestra alegría, y hasta el mismo Jesús los considera como sus auténticos amigos, y lo expresó claramente cuando dijo: Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Cristo del Poder y del Amor,
Cristo de la Entrada Triunfal en Jerusalén,
Ahí que reclamaste a los niños para Ti,
Acuérdate de los niños de Guadalcanal,
que tanto te quieren y te aclaman.

Que belleza y que *grandiosidad tan grande* ver la Plaza de España llena de esos niños con sus túnicas, convertida en un auténtico oasis de palmeras y ramos de olivos. Y si ya de por sí Guadalcanal es un pueblo blanco y limpio, esa mañana alcanza aún *mayor blancura y limpieza, pues todo el mundo se prepara para recibir al Cristo del Amor, al Cristo de nuestros hijos.*

Y cuando han dado las doce, *cuando el sol está en lo más alto*, se abre la puerta de la Iglesia de par en par, y aparece ese Cristo majestuoso, lleno de amor, bendiciéndonos con su mano erguida, montado sobre ese animalillo, y a sus pies ese gran trono de plata que los niños de Guadalcanal y nuestro Párroco le han preparado, es hermoso y grandioso el Rey de los Reyes.

Niños cofrades que escucháis, no dejéis nunca solo a vuestro Cristo, porque dentro de unos días va a pasar sobre Él un gran cáliz, que se va a llenar con su sangre, y yo estoy seguro que ninguno vosotros queréis que le pase nada, Amarlo como Él os ama, y cuando llegue ese momento de su Pasión, no os apartéis de su lado, porque solo así será más llevadera su carga.

Cristo de la Entrada Triunfal en Jerusalén, Tú que tuviste que echar a los mercaderes que habían profanado tu Templo, hoy aquí en Guadalcanal te proclamamos nuestro Rey, ayúdanos Señor para no caer nunca como aquellos.

Y en tu caminar por las calles de nuestro pueblo, ese caminar vivo y alegre de esos chavales que te portan, con ese amor que te profesan, cuando llegues lo más alto, a esa calle de Santa Ana, cuando el Sol de sobre tu frente, con ese azul celestial que hay sobre el cielo de Guadalcanal: Bendícelos Señor.

Y cada uno de esos claveles rojos que han colocado tus hijos, para que te sirvan como la mejor alfombra, tómalos Señor como si fueran nuestros propios corazones.

Y cuando vuelvas de nuevo a tu Templo, piensa que en esa puerta estarán todos tus hijos esperándote, no nos le cierres jamás, porque Guadalcanal te quiere, Señor.

El alma del pregonero estaba muy triste hasta hace poco tiempo. El dolor y la pena embargaban todo mi ser, porque a la Semana Santa de Guadalcanal le faltaba algo, le faltaba uno de los capítulos más grandiosos de la Pasión de Jesús.

Durante muchos años sentí y viví esa pena, pena que compartía con el pregonero el pueblo de Guadalcanal. Hacerla desaparecer era empresa muy difícil, pero Dios que conoce muy bien a sus hijos y que, como buen Padre deseaba consolarlos, se fijó en un grupo de jóvenes para que fueran ellos los que lograran para su alegría y la satisfacción de un pueblo, que la figura de su Hijo fuera en la Semana Santa guadalcanalense un testimonio vivo de fe en la Redención divina al contemplar en sus calles, durante la Semana Santa, la Imagen del Cristo de la Humildad y Paciencia.

Vivo la Semana Santa de Guadalcanal paso a paso, desde mi Cristo Yacente a Nuestro Padre Jesús, desde el Cristo de las Aguas al Cristo de la Vera Cruz. Pero si en mi hay amor hacia todas esas Imágenes, a las que venero y quiero, también hay esos mismos sentimientos hacia el que nosotros los costaleros de Guadalcanal hemos elegido como Rey y Señor nuestro.

Si en Guadalcanal cada Cristo y cada Virgen tienen su cuadrilla de costaleros, hoy todos esos costaleros formamos al pié del manto piadoso del Cristo de la Humildad y Paciencia, de nuestro Cristo de la Peña.



Si en Guadalcanal, ocurrieron hechos tristes y dolorosos, sí todo quedó destruido, Dios quiso dejarnos una prueba de su gran amor, y precisamente volvió a darnos otra gran lección, pues eligió una gran virtud: la humildad. Y no importó que esa Imagen fuera arrojada a un pozo; Guadalcanal supo encontrarla, para que ese Cristo de la Peña que tantos años fue titular de la Hermandad de las Tres, y por deseo de sus hermanos sea hoy titular de la Hermandad del Costalero.

Cofrades de la Hermandad de las Tres Horas, si durante tantos años fuisteis su guardián, el costalero de Guadalcanal quiere serlo hoy también y expresaros su agradecimiento, porque sólo Dios sabe el tesoro que habéis devuelto a Guadalcanal.

Costaleros de Guadalcanal, ¡que camino tan largo nos queda que recorrer al lado de Jesús, en esa su Pasión que paso a paso va a vivir Nuestro Señor! Pero yo os digo que podemos conseguir que su dolor se menos doloroso, pues si ya nosotros no nos movemos de su lado, vamos a intentar que a este gran grupo que formamos se una todo el pueblo de Guadalcanal, y convertidos en Cirineos ayudemos a Jesús en su caminar al Calvario, para salvar al hombre del pecado. Porque fue el hombre, fuimos nosotros con nuestros pecados, y no Pilatos, los que lo llevamos hasta la muerte en la Cruz.

Cristo de la Peña, mi Señor, delante de Ti hay un gran pecador, que te pide no solamente su perdón para él, sino también para todos los que de una u otra forma han pecado contra Ti.

Y si tu Señor que supiste enseñarnos la humildad, que aceptaste soportar todo el martirio con paciencia, protege a este pueblo de Guadalcanal, que promete seguir tus pasos sin abandonarte en camino doloroso hacia la Cruz.

Y cuando llegue esa noche del Miércoles Santo, en que tu hijo el costalero, te sacará por nuestras calles, en ese trono tan sencillo, pero grandioso, porque unas personas humildes como Tú, lo han realizado para Ti, comprenderás entonces que este pueblo comparte tu dolor y que cada una de esas espinas que llevas clavadas en tu frente, nosotros los guadalcanalenses las llevamos clavadas también en nuestro corazón.

Señor, al lado llevas un romano y un sayón, están ahí para impedir que Tú puedas huir, y lo grandioso es que si Tú quisieras podrías hacerlo, pero Tú Señor por ese gran amor hacia todos nosotros vas a llegar hasta el final, hasta dar tu vida en la Cruz.

Si en esa Peña Señor
recibes los golpes con gran dolor,
si te colocan corona de espinas
aquí está el costalero
para consolarte, Señor.

Hermanos de Guadalcanal, corramos todos hacia ese balcón incomparable que es la Plaza de Santa donde se contempla todo nuestro pueblo, donde parece que se junta la tierra con el cielo, en esa noche maravillosa del Miércoles Santo, y esperemos allí la llegada de esa gran estrella luminosa y llena de esplendor, que es nuestro Cristo de la Peña, que poco a poco va subiendo, en un caminar lento, jadeante, y en ese gran silencio, en el que solo se oye el arrastrar de los pies de los costaleros y en el que pronto veremos la efigie del Cristo reflejada sobre la blanca fachada, como si fuera un gran regalo que Él nos da por anticipado.

Y cuando ya esté delante de nosotros, bastará mirar el divino rostro, para que sintamos que se nos parte el corazón, muda nuestra voz y seca nuestra garganta, porque lo que se siente *en ese momento* no hay palabras para poderlo expresar y solo el corazón puede expresar esa vivencia.

Hermanos de Guadalcanal, el pregonero os dice aquí en este momento es cuando mejor se entiende lo que es nuestra Semana Santa.

Muy cerca de Jesús, su Madre, que ya está consumida de dolor, por todo lo que su Hijo está pasando.

Virgen de los Dolores, azucena del barrio de la Concepción; *hoy no sales de allí*, pero muy pronto tus hijos te llevarán de nuevo a ese lugar, que nunca debiste perder, porque a todos ellos les falta su Reina.



Tú, Madre mía, que concebiste a Tu Hijo por obra y gracia *del Espíritu Santo*, sin mediar varón alguno, sé Tú la guía de todas las madres de Guadalcanal, y si Tú diste a Tu Hijo para la salvación del hombre, protege a estas madres para que de ellas nazcan hijos para el Reino de los Cielos.

¡Que bonitas vas Madre en esa noche!, ¡todo Guadalcanal te piropea!. Tus lágrimas son el rocío que cae en todos nosotros, y yo te digo Madre que mi corazón se rompe de amor por Ti y se llena de alegría por ese mar de dulzuras que vas derramando.

Y cuando llegues a tu barrio, ese barrio de hombre y mujeres singulares, que te acogen con todo su corazón, míralos Señora, porque ellos están igualmente bañados por el dolor.

¡Virgen de los Dolores!, si tantos años has acompañado a tu Hijo; tu otro hijo el costalero en su afán de acercarse cada vez más hacía a Ti, por ese amor tan grande que te tiene, y en su deseo de darte los nombres más bellos y más hermosos, ha querido darte una prueba más de su entrega hacia Ti, y por ello hoy te llama María Santísima de la Paz, nombre con el que te proclama Reina y Señora.

Tú, María Santísima de la Paz, acógenos bajo tu manto para no sentirnos desnudos.

La belleza de ese don que es la juventud, no encuentra mejor manifestación que ese Cristo, que transformó el mundo desde sus cimientos y que acometió su empresa por mandato del Padre y que durante treinta y tres años fue predicando la buena nueva para enseñanza del hombre. Este Cristo hermoso, ese Cristo de la Vera Cruz, en el que toda la belleza de su juventud se ilumina por la grandeza de un sacrificio, aparece atado a una columna, azotado por dos sayones y salpicado su cuerpo de sangre

¡Si momentos antes hemos asistido a la última Cena de! Señor, en el que de nuevo Él vuelve a demostrarnos su humildad al lavar los pies a sus discípulos. Poco después en esta tarde de Jueves Santo, cuando el ocaso llega al horizonte, cuando las primeras estrellas lucen en el cielo, como queriendo ser fiel testigo de uno de los misterios sublime de la Semana Santa de Guadalcanal. Todos vamos a recibir en la Plaza de España a ese paso admirablemente realizado en la mejor madera de haya, donde va el monumental Cristo de la Vera Cruz.



A Ti, Cristo de la Vera Cruz, que te han desnudado para que los latigazos hieran más duros sobre tu carne, a Ti Señor, te dice este pueblo de Guadalcanal que el mejor traje que podemos ofrecerte es el de nuestros corazones, y que cada uno de esos latigazos que recibes son los pecados que el hombre ha cometido, y que Tú gustoso los aguantas como sacrificio para la salvación del género humano.

Hace falta amar tanto, para soportar tanto. Parece que con tu tierna mirada quieres decirnos que no te importa el dolor, con tal de que todos tus hijos se den cuenta de donde está la auténtica verdad.

¡Que grande eres Señor!; que olvidando tu dolor perdonas a quienes te dan muerte, y aún más, les entrega a tu propia Madre, para que lo sea también de todos ellos. Señor, a Ti que te van a llevar hasta el final, que te van a dar hasta muerte este tu hijo te dice como el centurión, que Tú no eres la muerte, sino que Tú, Señor, eres la

Vida, y por ello Cristo de la Vera Cruz todos quisiéramos ser clavel en esa habitación de sangre donde recibes tantos golpes.

Cristo de la Vera Cruz,
Tú que fuiste martirizado
en plena Juventud.
¡En esta noche del Jueves Santo,
Guadalcanal grita y llora
por ese dolor tan grande
que estás padeciendo, Señor.

En esta noche gloriosa del Jueves Santo, vas recorriendo las calles de Guadalcanal, llevado por tus hijos costaleros que quieren a toda costa hacerte menos penoso el martirio que estás sufriendo. ¡Mira Señor, con que cariño tan grande lo hacen!. ¡Observa como cada paso que dan, es cada vez más suave, más cortito, como queriendo mitigar con su esforzado sacrificio tus dolores inmensos.

¡Señor, cuando te veo subiendo por la calle Granillo, cansados ya tus hijos por la pesada carga, pero animados por el amor que hacia a Ti sienten, y que tus hijos de Guadalcanal compartimos! Cuando apareces en calle Santa Ana, mareo incomparable de nuestros desfiles procesionales, surge espontáneamente de mi corazón esta humilde, pero sentida súplica: ¡Bendícenos Señor!

Guadalcanal ha encontrado la gran mediadora, esa que aminora nuestras faltas y que intercede por nosotros, porque no hay nadie que ruegue por el hijo más que su madre.

Cofrades de Guadalcanal, tenemos lo que tanto hemos deseado y deseamos: la Esperanza.

El pregonero os dice, que solamente con pronunciar ese nombre un escalofrío recorre todo mi cuerpo, pues si muchos nombres le hemos dado a la Madre de Jesús, éste es el que más necesitamos todos, porque es el que más nos puede acercar al Señor.

Tú eres Madre, la Esperanza de todo Guadalcanal, desde la Plaza de España al Espíritu Santo, desde Santa Ana al Palacio, desde el Coso a San Francisco. Tú nos llenas a todos. y si Cristo es la luz de Guadalcanal, tú Madre mía, eres su mejor reflejo.

Ese manto que llevas Madre, de color verde como las praderas de los valles y las riberas de los ríos, sea el que cubra a todos tus hijos de Guadalcanal, que con tanta ansiedad acudimos a Ti, para que nos sirva siempre de cobijo y protección.

En ese peregrinar por las calles do Guadalcanal, todo el amor hacia Él se desborda, aún más cuando rasga el cielo el canto de una saeta, y se admira ante ese paso de palio en el que entre el mecer de sus varaes todas las flores de la tierra se dieron cita, y se entusiasma ante los acordes de la marcha que lleva Tu nombre y comparte con tus hijos costaleros, la gracia y el encanto con que levantan las trabajaderas, orgullosos todos de la Reina que llevan.



Y este hombre que hoy te clama, con la humildad de sus palabras, quisiera ofrecerte ahora todos los sentimientos poéticamente expresados por los corazones

más que por sus versos de muchos de tus hijos que, partiendo de Guadalcanal, han llegado hasta Ti.

Por ello Virgen de la Esperanza sé Tú nuestra guía hacia el cielo, porque queremos estar en el Cielo con Cristo y contigo; esa es nuestra Esperanza.

Las horas van pasando Cristo es condenado a muerte; a pesar de que Pilatos, lo había mandado azotar, sin conseguir que Jesús hablara en su defensa; a pesar de presentarlo al pueblo junto a un criminal llamado Barrabás y darles a elegir entre los dos; a pesar de todo, y para que se cumpliera lo que estaba escrito, Cristo es condenado a muerte, porque Cristo tenía que morir.

Noche oscura y serena,
madrugada del Viernes Santo,
en que a Jesús procesan
para llevarlo al Calvarios.
Solo se quedó,
y hasta tres veces, Pedro lo negó
cuando el gallo cantó,
su discípulo lloró.

Ha llegado la madrugada del Viernes Santo, todo el pueblo de Guadalcanal, en honda piedad acude a la puerta de Santa María; se hace un silencio impresionante cuando se abre la misma, por la que va a salir Padre Jesús, El Nazareno. Ha sonado la voz del capataz; el paso camina lentamente hacia la puerta, todos los corazones están sobrecogidos, poco a poco va saliendo, ya está en la calle.

Todos nos hemos quedado mudos; me acerco hacia Él y de mi garganta no sale ninguna palabra, porque en ese momento son tantas las cosas que quisiera decirle que no acierto a expresarlas. Me ocurre como al gran poeta Pemán, que cuando se dirigía a su Cristo de la Buena Muerte le decía:

Siento tantas ansias de abrazarte y de bendecirte,
que ante tus plantas piadosas,
quiero decirte mil cosas,
que no sé como decirlas



Padre Jesús, Tú eres mi Padre, Dios Todopoderoso; que poca cosa somos nosotros, y cuanto debes amarnos para incluso dar tu vida para nuestra salvación.

En ese monte hermoso cubierto de claveles rojos, y bajo ellos, bajo tus plantas, llevándote con amorosa calma, unos costaleros que quieren construir un mundo mejor.

Quien pudiera toca esa Cruz y esa túnica morada, esa efigie de tu cuerpo reflejada en la fachada de la parroquia. Señor, Tú que abrazas esa Cruz como algo muy querido, perdona todos nuestros pecados.

Sigues avanzando en la oscuridad de la noche, solo se oye el retumbar de los tambores de los armados, ¡que lento vas!, tus fuerzas se han ido agotando, tu sangre cae de tu frente, y eso cuatro faroles que te alumbran son el signo de esa llama que debe prevalecer entre nosotros.

Padre Jesús, ¡que generosidad tan grande hay en Ti!; que hasta dejaste plasmado tu rostro en ese paño con el que te limpió la Verónica.

Por el Palacio camina,
el de la Túnica Morada,
va camino del Calvario,
para entregar su Vida.
Por todo Guadalcanal se reza de rodillas
a ese Padre llamo Jesús Nazareno,
que cobija, pero no domina.

Detrás de Ti, Tu Madre que te sigue en esa caminar hacia el Calvario: ¡que pena y que dolor la invade!, cuanta Amargura hay en Ti Señora, porque van a Crucificar a Tu Hijo; pero piensa que tienes también otros hijos que te aclamamos como Reina nuestra. Que esa mar de claveles y gladiolos blancos y rosa que te rodean, sean muestra de que tus hijos te quieren.

Sola y triste se queda
la Virgen de la Amargura,
para consolarle su pena
corramos todos a una.



Lo vas siguiendo, pero Madre no estás sola, al lado llevas a otro hijo que te consuela, para que tu dolor no sea tan grande. Y debajo esos costaleros que con donaire y amor mueven ese palio que le cubre. Obedientes a la voz de su capataz. Al salir Madre, de la iglesia, tus hijos costaleros tuvieron que echarse a tierra para obrar el prodigio de que ese paso de palio, acariciando la ojiva del templo salvara todos los obstáculos y lograras salir al encuentro de Tu Hijo.

Has ido mucho tiempo detrás, tu deseo es aligerar para alcanzarlo cuanto antes, y cuando por fin lo ves en la esquina del Espíritu Santo, ¡que dolor tan grande debes sentir al ver a Tu Hijo roto; como el de todos los Guadalcanalenses que te rodeamos; a pesar de ello Madre mía de la Amargura, cuanta ternura hay en Ti.

Cuando todavía se oye el clamor de Padre Jesús, cuando aún los corazones de los hijos de Guadalcanal están todavía sobrecogidos, surge en los más alto del cielo la gran figura del Cristo de las Aguas.

Ya Jesús te han quitado Tú túnica morada, te han dejado desnudo frente al mundo, te han clavado tus manos y tus pies a esa Cruz que con tanto amor has llevado hasta el Calvario, ya no te pueden hacer más infamias, aún así, todavía te siguen blasfemando e incitando. Pero Tú, que lo haces todo por amor, miras hacia el cielo y gritas: ¡Padre, Padre mío, perdónalos!

¡Cristo de las Aguas, cuando por primera vez me acerqué a Ti y besé Tu pié ensangrentado, cuanto hubiera dado en aquel momento por quitarte esos clavos y

curarte esas heridas, porque sé el dolor que estaban pasando! Aunque por otra parte sé que Tu mayor dolor es el pecado del hombre, y precisamente por esos estabas consintiendo pasar todo ese sufrimiento.

Hermanos de Guadalcanal, pensad un momento en esa figura del Hijo del Hombre clavado en la Cruz, en ese Cristo de las Aguas que tenemos delante, en esa figura grandiosa colocada encima de ese monte de claveles rojos. Claveles rojos que son como cada una de las gotas de sangre que del cuerpo de Jesús caen en la tierra.

Pensad y escuchad que:

Cristo en la Cruz es libertad.

Cristo en la Cruz es Redención

Cristo en la Cruz es Salvación.

Cristo en la Cruz es Amor.



Todo su dolor va a terminar cuando al llegar las tres de la tarde, Jesús vuelva a mirar al cielo y exclame: Padre mío, Padre mío, en Tus manos encomiendo mi Espíritu; e inclinando la cabeza expire.

¡Jóvenes cofrades que lleváis a Jesús en ese caminar lento por las calles de Guadalcanal: en ese caminar agónico de Dios-Hombre que ha dado su vida por nosotros; seguid siempre con Él, seguid siempre junto a Él, hasta que el agua que ha brotado de su costado, traspasado por la lanza, sirva para purificar a este pueblo de

Guadalcanal que tanto llora la Pasión y Muerte del Hijo de Dios!... Y cuando lleguéis al Palacio volved a ese Cristo al pueblo, para que la señal de la Cruz quede siempre marcada en el corazón de todos los guadalcanalenses.

Si Jesús está muerto en la Cruz, a sus pies velándolo está su Madre llena de dolor. Un puñal ha traspasado su corazón.

¡Virgen de los Dolores!, en tus ojos no quedan ya más lágrimas; tus mejillas han enrojecido de tanto llorar; cuanto sufrimiento estás pasando, que pena tan grande sientes al ver todo lo que han hecho con tu Hijo.

Pero Tú eres la Madre de todo Guadalcanal, y he aquí que tus hijos no te olvidan, y hoy te llevan como una Reina en ese paso lleno de luz y esplendor, en ese mar de claveles blancos. Y en esta mañana del Viernes Santo, cuando el sol luce en los más alto y se refleja en tus mejillas, aún estás más bonita. Por eso, Madre quiero pedirte al contemplarte en ese momento, que ese manto rojo que con tanto amor te hemos colocado tus hijos de Guadalcanal nos cubra y proteja a todos.

Cuanta alegría hay Madre en mi corazón al ver como tus hijos te rodean y admiran, bajo ese palio celeste, que, para mí, Señora, no es más que el reflejo del celeste cielo, desde el que contemplas y amparas a tus hijos de Guadalcanal; palio sostenido por doce varales; doce varales de plata sevillana; doce varales que el amor de tus hijos te ofrecen permanentemente en las espadañas de: San Vicente, San Sebastián, Santa María, Santa Ana, El Cristo, San Benito, Concepción, Convento del Espíritu Santo, Ermita de Guaditoca, Convento de la Piedad, Caridad y Milagros. Varal este último que muy pronto va a convertirse en ofrenda sin igual a Ti, Madre, al transformarse en lugar de tus hijos, los más ancianos, para que nuevamente juntos, lejos de la soledad que los oprimía, puedan acompañar nuevamente, llenos de alegría, a la Madre y Reina, de la que un día, llenos de pena, se vieron alejados.

Virgen de los Dolores, que cuando vuelvas a Tu templo, con esa gracia y ese encanto de los hijos que te llevan, todos estemos allí esperándote.

Si dolor y pena causa una enfermedad, qué decir de la que nos produce la muerte de un ser querido que se nos van para siempre.

Yo puedo confesaros que he sentido sobre mi corazón el mayor desgarró que jamás pude haber imaginado: ver como un hombre que lo había sido todo para mí en la vida, un hombre que había luchado siempre por conseguir lo mejor para los suyos; que se había entregado con todo su amor a su tarea educadora, y que cuando, por fin, creía llegado el momento de poder descansar, y como no, de disfrutar de la vida, cae fulminado por la muerte.

Os confieso que en aquel momento dudé de todo, incluso del Hijo del Hombre. No veía ninguna razón que justificara aquello. Pero Dios sabe muy bien lo que hace; y si Él dispuso llevárselo, fue para darle un don mayor: el Cielo.

Y si yo dudé en aquel momento, enseguida sentí en lo más profundo de mi corazón que el único dueño y señor de la vida es Dios y sien embargo permitió que precisamente el hombre le quitara la vida: el hombre que tanto tenía que agradecerle; el hombre a cambio de la vida que recibió de sus manos, ciego por el pecado, le devuelve la muerte y muerte de cruz.



Y fue precisamente esta realidad inhumana, en la que, como yo, como todos los hombres, he contribuido a construir, fue este hecho insólito, esta prueba insignificante, como yo, que, en aquel momento, al perder a su padre querido de la tierra, había llegado a dudar del amor inmenso de su Padre del cielo. Y es que nosotros los hombres somos débiles, y Él lo sabe muy bien, y cuantas veces caemos en el pecado, está deseando que acudamos de nuevo a Él, pues siempre nos espera con los brazos abiertos.

Señor perdónanos, porque muchas veces no sabemos lo que hacemos.

Y en esta tarde del Viernes Santo, donde todo Guadalcanal va a asistir al entierro de Jesús, bueno será que recordemos que todos nosotros hemos de seguir ese mismo camino.

Hermanos de Guadalcanal, acerquémonos a esa puerta gloriosa de Santa María, para acompañarlo en su último caminar hacia el sepulcro.

Vais a comprobar entonces, como toda la belleza de una juventud, toda la majestad de un Dios, toda la dulzura del Hijo del Hombre, yace sobre este Santo Sepulcro por culpa del pecado del hombre.

Para este pregonero que ha ido viviendo paso a paso toda la Semana Santa de Guadalcanal, ha llegado el momento que con tantas ansias ha deseado; va a salir su Hermandad.

Colocarme delante de mi Cristo, al que con gran amor he cogido entre mis brazos tantas veces para depositarlo en ese monumento que es el paso del Santo Sepulcro, y que un hijo de Guadalcanal tuvo la dicha de tallar con manos tan prodigiosas que solamente Dios pudo dárselas.

Yo, Señor, que he tenido la dicha de colocarte esas sábanas al hacerte la mortaja, cuanto daría por verme envuelto en ellas, el día que decidas llevarme hacia Ti.

Si el dolor de la muerte es muy grande, Tú Señor, que estás pasando por ese trance, una vez más nos demuestras que la muerte no existe, que es un sueño para pasar a un mundo mejor, que lo verdaderamente importante es la vida, y la vida no es más que la llama de esos candelabros, signo que Tú nos muestras, para que lo recordemos.

Triste, Señor, es verte muerto por el pecado del hombre. Pero en medio de esa tristeza, éste tu hijo te dice que Guadalcanal está entregado totalmente a Ti, que cada uno de esos claveles rojos que llevas, son los corazones de los hijos de Guadalcanal, que los han depositado ahí, para que Tú, Señor, te acuerdes siempre de nosotros.



Costaleros, que lleváis a ese Cristo, velad por Él, y en esta noche del Viernes Santo, cuando caminéis por las calles de nuestro pueblo, todo el mundo pueda comprobar que ese es el Hijo de dios, el que muriendo y resucitando nos proporcionó la verdadera vida, la que nunca acabará.

¡Bendito seas Señor, que han llegado hasta el final, tal y como lo habías dicho, para poder redimir al mundo!

Hermanos de Guadalcanal, nuestra Madre se ha quedado sola, le han matado a su Hijo, que dolor y que pena debe de embargarla. Esa Señora que había dado al mundo al Hijo de dios, siente ahora en lo más profundo de su ser, como el mundo se lo ha quitado.

La mayor tristeza que pueda tener una persona es la soledad; soledad de nuestros ancianos, que cuando más nos necesitan, los dejamos desatendidos; soledad de la juventud, que no desea ser socorrida por nadie; soledad del hombre que vive en el pecado; soledad de sentirse angustiado, perseguido, abandonado de todos...

Pero ninguna soledad es comparable a la de la Madre de Dios y Madre nuestra.



¡Virgen de la Soledad! ayúdanos a comprenderte en el momento más terrible de tu vida y haz que nunca olvidemos que, aunque todos nos abandonen, Tú nunca lo harás, y por ello, jamás nos encontraremos solos, sabiendo, que siempre estás junto a nosotros.

Madre de la Soledad, aquí delante tienes a tu hijo, éste que hoy se encuentra aquí diciendo este pregón por consejo tuyo; mi corazón se llena de alegría con solo pronunciar tu nombre. Grande es mi ilusión de pregonar a los cuatro vientos toda tu belleza y todo tu encanto. Tú, Madre, que has vivido la mayor tragedia, no te sientas sola, porque yo te digo que aquí tienes a todos los hijos de Guadalcanal a tus plantas.

Virgen de la Soledad, Reina de Guadalcanal, que puedo yo decirte, si ya te dijeron las cosas más bellas de que es capaz el hombre; como cantarte Madrid, si la noche de Guadalcanal la rompieron ya mil saetas, ni el canto de las aves, ni los versos de los mejores poetas sonaron mejor que aquéllas.

Esos claveles blancos y esas velas encendidas que llevas a tus pies, te hacen más bella, y rompiendo el silencio de este pueblo que emocionado te espera, yo te digo:

Virgen de la Soledad,
Madre y Reina de Tus hijos,
cuando llegue el Viernes Santo,
mi voz se oirá gritar:
¡Al cielo con Ella costaleros!
y todos tus hijos te llevaremos a los más alto,
para que todo Guadalcanal admire
lo guapa que vas Soledad.

Y en esa noche, Madre, todos te acompañaremos y ya no tendrás más pena, y cuando volvamos de nuevo a tu casa, Tú misma comprobarás cuantos hijos te rodean, y yo te diré en voz baja:

Si en Ti hay tanta Soledad,
porque has perdido a Tu Hijo,
y por ello estás llena de dolor y Amargura,
no pierdas nunca la Esperanza,
porque dentro de unas horas
Tu Hijo resucitará,
y de nuevo tendrás la Paz.

Hermanos de Guadalcanal, hemos ido viviendo paso a paso toda nuestra Semana Santa, el Hijo de dios se nos fue, pero el Hijo del Hombre vuelve de nuevo con nosotros. Su Madre, la Reina de Guadalcanal, esa que nos une a todos, la Virgen de Guaditoca, lo aguarda, como nos aguarda a todos nosotros. Acudamos junto a ella, y que esa puerta de la Parroquia de Santa María de la Asunción, permanezca siempre abierta de par en par, para alegría y gloria de todos los hijos de Guadalcanal.

Francisco Ortiz Rodríguez

.....